



Universidad Autónoma
del Estado de México

CONOCIENDO a Sofía

Claudia Carrillo González

Crispimienta (Ilustración)





CONOCIENDO
a Sofia



Primera edición, septiembre 2020

Conociendo a Sofía

Claudia Carrillo González

Tercer lugar del Séptimo Concurso de Cuento Infantil

Crispimienta

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Coordinador de la edición

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-192-7

Impreso y hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Lucina Ayala López y Eva Gabriela

Gómez Velásquez

Formación: Jarini Toledano Gil y Ángel Esquivel López

Diseño de portada: Crispimienta



CONOCIENDO a Sofía



Claudia Carrillo González

Crispimienta (Ilustración)



Universidad Autónoma
del Estado de México

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Educación
Alfredo Barrera Baca
Rector

Doctor en Artes
José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Séptimo Concurso de Cuento Infantil
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)

Director del Centro de Actividades Culturales
Javier de Jesús López Castañares

Comité Organizador 2020
Javier de Jesús López Castañares
José Roberto Anaya López
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

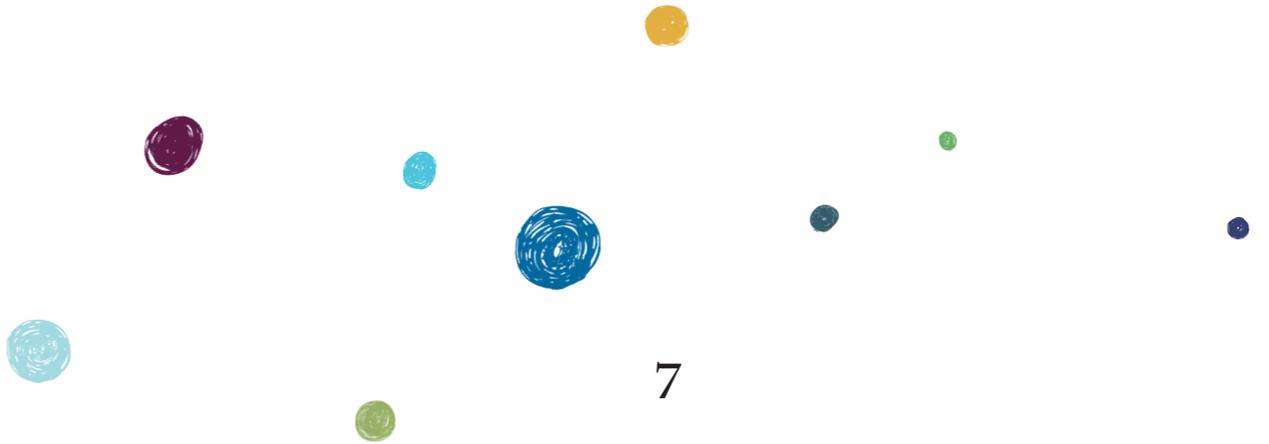
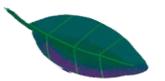
Jurado del Séptimo Concurso de Cuento Infantil

Marlene Pasini
Paloma Cuevas Ramos
Andrés Bustamante Ortiz





Toño era un niño a quien le encantaba el fútbol. Esa era su pasión: le gustaba jugar videojuegos de fútbol, ver todos los partidos de fútbol en la televisión y jugar fútbol. Era un verdadero fanático: las paredes de su recámara estaban llenas de pósteres y estampitas de fútbol. En su vida, no había nada más importante que este deporte. No ponía atención en sus clases, sólo esperaba el momento del receso para jugar con sus compañeros. A causa de su obsesión, sus calificaciones iban de mal en peor, pero a él eso no le importaba. Su **padre** era casi tan fanático como **Toño**. Al principio, a su **madre** le había parecido muy cómico ver a **padre** e **hijo** gritando encolerizados ante el televisor, cuando veían el partido de fútbol. Ahora, ya no veía tan gracioso ser ignorada por ambos y tener que hacer las tareas domésticas mientras ellos observaban el televisor y maldecían.



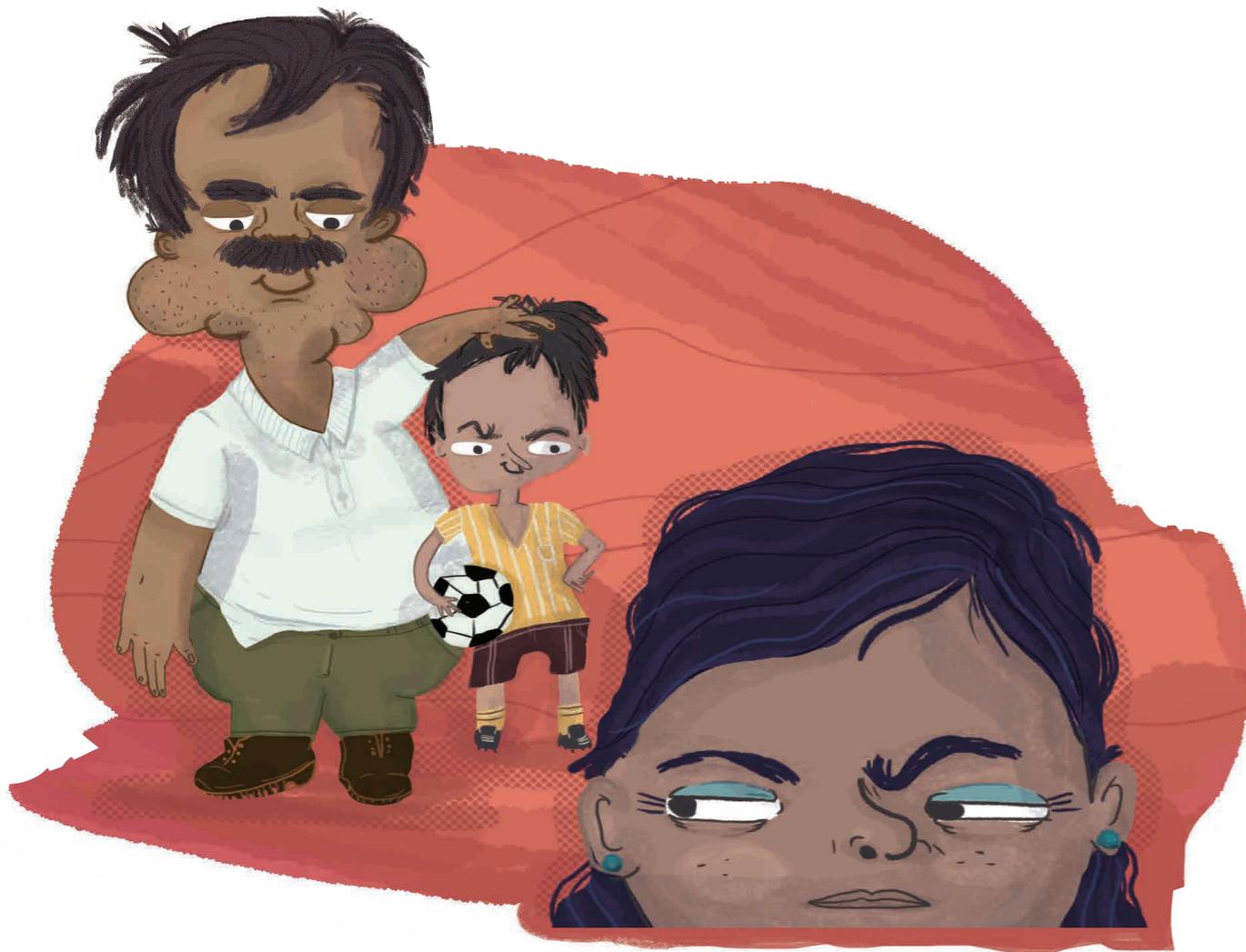


Un día, como era costumbre, **Toño** jugaba con sus compañeros en la escuela. Su equipo iba perdiendo: 3-2 indicaba el marcador. Y justo cuando él se acercaba a la portería decidido a meter un gol, la chicharra, que anunciaba el fin del recreo, sonó. **Toño** quería seguir jugando, pero la orientadora —una señora regordeta con cabellos ondulados y lentes redondos— lo mandó a su salón. Enojado, caminó hacia el aula. **Julián**, su archienemigo, quien había estado en el equipo ganador, se acercó a él y le restregó su triunfo. **Toño** sintió que la sangre le hervía y en un impulso de ira golpeó a **Julián** sin pensarlo. **Toño** fue expulsado dos semanas como castigo por golpear a su compañero.

—¡En qué estabas pensando, **José Antonio Velázquez Fuentes!** —le gritó su madre cuando por fin estaban en casa. El director la había llamado a su trabajo para narrarle el incidente. Ella pidió permiso para salir temprano y recoger a **Toño**, quien la esperaba afuera de la oficina del director.



—¿Acaso nosotros te hemos educado así? —dijo su madre. Su padre estaba menos preocupado que ella, incluso podría decirse que se sentía orgulloso por el acto de “hombría” realizado por su primogénito. —Mi hijo no es de los que se dejan —afirmó el padre de Toño, mientras recordaba sus propias peleas colegiales.



Al día siguiente, la madre de Toño lo llevó a su trabajo. Mientras ella laboró, él estuvo sentado por horas frente a su celular viendo vídeos de las jugadas más sorprendentes de todos los tiempos y algunos partidos de fútbol; también jugó videojuegos. Ese mismo día, el jefe de la madre de Toño le comunicó que no podía llevarlo al trabajo. Ella intentó explicarle la situación, pero él se negó a escucharla.



—¿Y ahora qué vamos a hacer? Tu padre y yo tenemos que trabajar y tú no puedes ir conmigo al trabajo —le dijo su madre a Toño, mientras subían las escaleras del edificio donde vivían. En ese momento, doña Amparo iba saliendo de su casa. La anciana vivía en el departamento del primer piso. Era una mujer con largos cabellos blancos, peinados en una gran trenza que le caía por la espalda; tenía los ojos en forma de media luna y se le achicaban cuando sonreía. Doña Amparo saludó a la madre de Toño y, al escuchar preocupación en su voz, le preguntó si todo estaba bien. Ella, sin pensarlo, le contó lo sucedido. Doña Amparo se ofreció a cuidar de Toño mientras ella y su esposo trabajaban. La madre de Toño sintió un gran alivio al escuchar la propuesta de la anciana. Aceptó su oferta y le agradeció.



Al día siguiente, antes de irse a trabajar, la **madre** de **Toño** dejó a su hijo en la casa de **doña Amparo**. Ella estaba desayunando cuando **Toño** llegó. Le ofreció galletas y leche; el niño comió con desinterés. Después, él sacó su celular y comenzó a jugar. **Doña Amparo** le preguntó si no le gustaba jugar con juguetes “reales”. Él dijo que no con la cabeza y continuó jugando. **Toño** pensaba que **doña Amparo** era igual que su abuela: una anciana aburrida que poco sabía de la vida. No podía estar más equivocado. Y siguió con su rutina habitual: ver partidos y jugar videojuegos. **Doña Amparo** lo miraba desde lejos. **Toño** estuvo sentado por horas; mientras la anciana hizo su cama, regó sus plantas, barrió su terraza, preparó la comida, tejió y leyó un libro. Finalmente, la **madre** de **Toño** llegó a recogerlo. Así pasaron los días. **Toño** le ponía la menor atención posible a **doña Amparo**, quien intentaba entablar una conversación con el desagradable muchacho.

—¿De qué trata tu juego? —preguntó **doña Amparo**.

—Fútbol —contestó **Toño** de manera cortante.



Doña Amparo no se enojaba cuando Toño no contestaba sus preguntas, pues sabía que la gente, cuando está triste y sola, suele actuar así: endurecen su corazón para no sentir tanto dolor. Pasó la primera semana de castigo. El sábado por la mañana, Toño le pidió a su padre que jugaran juntos fútbol. El fútbol era la única actividad que compartían. No obstante, su padre dijo que estaba cansado de trabajar toda la semana y se quedó acostado viendo la televisión en su cuarto. Por la noche salió con sus amigos. Toño se quedó todo el día con su madre, quien estaba realmente apurada limpiando la casa y no tenía tiempo para jugar con él.

“Mi madre es tan aburrida como doña Amparo”, pensó.

El domingo asistieron a misa y por la tarde fueron a visitar a su abuela. Toño pensó que su fin de semana había sido casi tan tedioso como su semana con doña Amparo.



La segunda semana del castigo dio un giro inesperado cuando Toño olvidó cargar su celular, por lo que a las pocas horas de haber llegado a la casa de doña Amparo, se le acabó la pila del celular y ya no pudo refugiarse en él como solía hacerlo. Por primera vez en una semana levantó la vista y observó la casa de la anciana. Las paredes estaban pintadas de color azul oscuro y decoradas con enormes pinturas de óleo enmarcadas. Una en especial llamó la atención de Toño: era un hombre tenebroso que vestía como pirata.

“Tenía una mirada aterradora”, pensó Toño.



También había un enorme librero repleto de libros de todos los tamaños y colores. **Toño** se impresionó al ver tantos libros. Pensó que **doña Amparo** era todavía más aburrida de lo que pensaba: ¿quién en su sano juicio leería tantos libros? Cerca de la ventana había un pupitre lleno de hojas y lo que parecía un teclado de computadora...



—Es una máquina de escribir —dijo **doña Amparo**—. Se usa para escribir.
—¿Qué escribes? —preguntó **Toño** con incredulidad.
—Novelas, cuentos y, a veces, poemas
—dijo la anciana calmadamente.
—¿Por qué no usas una computadora? —preguntó **Toño**.
—Tengo una, pero no me acostumbro a usarla
—respondió **doña Amparo**.
—Se le acabó la pila a mi celular y no tengo su cargador —dijo **Toño**.
—Ya veo. Ven, acércate. Un poco más. Siéntate. Ponte cómodo. Te contaré una historia. ¿No te gustan las historias?
Esta historia quizá te guste —expresó **doña Amparo**.
—¿Me contarás una historia de las que escribes?
—cuestionó **Toño**. **Doña Amparo** asintió. Le sirvió una taza de chocolate caliente y puso galletitas con chispas de chocolate en un plato. **Toño** tomó una galleta y se sentó.

—Érase una vez en una tierra muy, muy lejana, vivía una niña con su padre y su madre. Su padre era un famoso abogado del pueblo. Ella era hija única, lo que a veces la hacía sentirse sola porque no tenía con quien jugar. Su madre era una mujer dedicada al hogar, cuyo único propósito en la vida era atender a su familia. A pesar de que estaba todo el día en casa, la niña se sentía sola, pues su madre no jugaba con ella...

—¿Cómo se llama la niña? —interrumpió **Toño**.

—¿Cómo quieres llamarla? —contestó **doña Amparo**.

—¿**Sofía**? —murmuró **Toño**.

—Bien, a **Sofía** le gustaba inventarse aventuras sobre piratas y apaches —continuó la anciana—. Se imaginaba que escalaba montañas y luchaba contra feroces monstruos que enfrentaba con su espada de oro. Se amarraba un trapo en la cabeza y tomaba la rama de un árbol para pelear contra el famoso capitán **Barbanegra**, a punto de vencerlo...

—¿Y lo vencía? —preguntó

Toño intrigado.

—A veces lo vencía, otras veces su **madre** la llamaba e interrumpía su juego...

—¡Ay, sí! —gritó **Toño**, llevándose las manos a la cabeza—. Odio que mi mamá interrumpa mi juego.





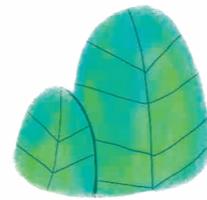
—A Sofía no le molestaba ayudar a su madre, pues era un pretexto para estar con ella —comentó doña Amparo—. Con el tiempo Sofía creció y comenzó a ir al colegio. Le encantaba la escuela, porque siempre aprendía cosas nuevas: desde cómo una pequeña larva se transforma en una gran mariposa hasta cómo los dinosaurios se extinguieron. Sofía era una niña muy curiosa que devoraba libros...

—Mi papá dice que los libros no sirven para nada —dijo Toño.
—¿Y tú piensas lo mismo? —cuestionó doña Amparo.
—No lo sé. ¿Para qué podría servir un libro? ¿Para qué quería saber tantas cosas Sofía? —contestó Toño.
—Pues, al principio le gustaba leer porque podía imaginar mundos nuevos donde ella era capaz de todo: vencer al capitán Barbanegra, ser un agente superespía y, a veces, ser una heroína —comentó doña Amparo—. Al crecer se dio cuenta de que los libros, además de ser un refugio, le brindarían el conocimiento y la fortaleza para cambiar. Cuando estaba en primero de secundaria nació su hermanito. El padre de Sofía siempre había querido tener un varón que heredara su fortuna y su despacho. Sofía sintió emoción de tener un hermano con quien compartir y jugar, pero sus padres lo consintieron tanto que se convirtió en un niño envidioso, grosero y egocéntrico. No se preocupaba por nadie más que por sí mismo. Y a pesar de tener una familia, Sofía se sentía más sola que nunca. Ella se sentía fuera de lugar.

Los ojos de **Toño** se entristecieron,
miró su chocolate y balbuceó:
—¿Sus papás dejaron de quererla?

—Yo creo que siempre la quisieron, pero a veces la forma en que nos quieren no nos hace sentirnos felices... Mientras su hermano fue consentido y criado con muchas atenciones, **Sofía** creció sola, refugiada en historias de fantasía que aliviaban su dolor... —contestó **doña Amparo**.

En ese momento, la **madre** de **Toño** tocó a la puerta. El niño se fue pensativo a su casa. Al día siguiente, al llegar a la casa de **doña Amparo**, **Toño** se sentó en la mesa de la cocina y le preguntó:
—¿Y qué pasó con **Sofía**?

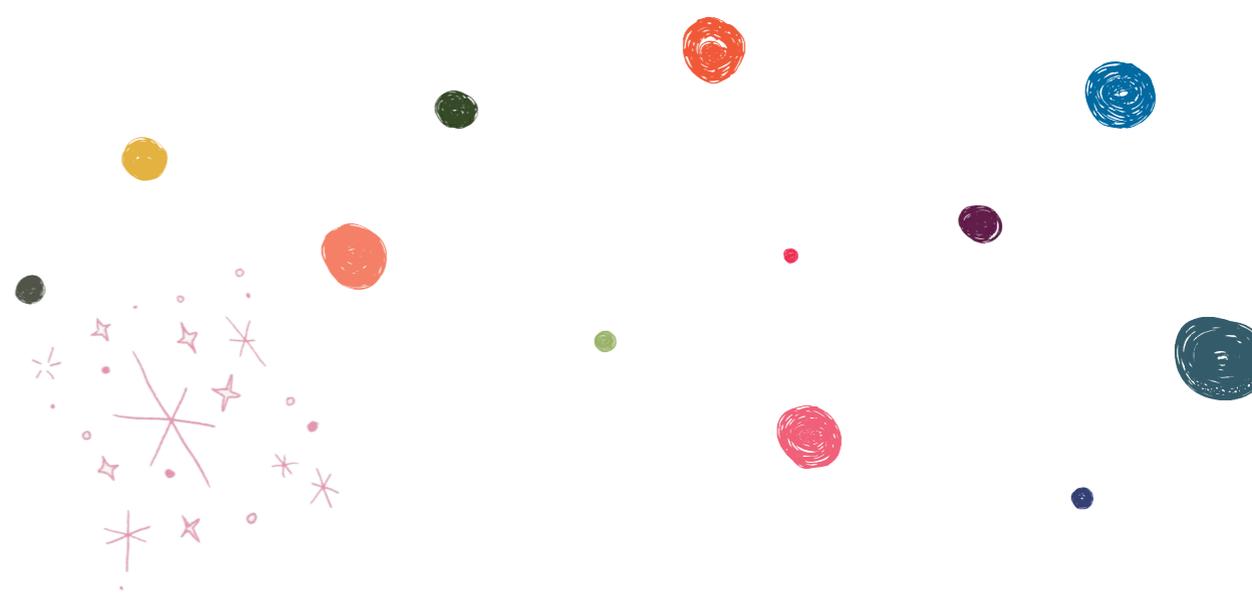


Doña Amparo le sirvió una taza de chocolate y galletas, luego se sentó a la mesa. Se aclaró la garganta y narró:

—**Sofía** notaba que sus padres la trataban muy diferente que a su hermano: ella ayudaba en las labores domésticas y él no, a él le servían primero y le ponían más atención sin importar si lo que decía tenía sentido.

Su hermano era un haragán que no levantaba ni un dedo... Estas pequeñas diferencias molestaban a **Sofía**, pero su paciencia terminó cuando su padre le prohibió continuar sus estudios. Ella quería ser una gran escritora para compartir todas aquellas historias que alguna vez había creado. Sin embargo, su padre le dijo que escribir era un oficio intelectual para hombres. Ella, en cambio, no necesitaría preocuparse por trabajar, pues su marido se haría cargo de los ingresos y ella, de la casa.





Toño se quedó pensando en que su madre trabajaba al igual que su padre y le resultó absurda la idea de que las mujeres no pudieran trabajar. Doña Amparo prosiguió con la historia:

—Cuando su padre no la dejó continuar con sus estudios, la sangre le hirvió por dentro y harta de tanta desigualdad, por primera vez se rebeló en contra de sus padres. Su padre, acostumbrado a la sumisión de su hija y en el fondo aterrado por perder el control, le dijo las palabras más crueles... Ante aquello, el corazón de Sofía se estrujó y sintió que perdía toda fuerza. Ella se fue marchitando poco a poco, dejó de sonreír, de soñar, de imaginar, de escribir historias en su diario y se dedicó a servir a su padre y a su hermano tal como su madre lo hacía. Perdió aquella risa contagiosa que a todos encantaba, se volvió callada y ensimismada; por las noches lloraba en silencio. Miles de lágrimas le brotaban sin pedirle permiso. Su corazón se apagó...



—¡Esta es una historia tonta! —gritó **Toño** enojado—. ¿Por qué dejaría de ser ella sólo por algo que le dijo su padre?

—Las palabras son muy poderosas —explicó **doña Amparo**—. Pueden ser usadas como filosas espadas que dejan heridas profundas y graves, destruyendo todo a su paso; pero también pueden ser utilizadas para crear y sanar: emanan belleza y posibilidad... Ella no sabía eso en ese momento, sino que lo entendió mucho más tarde.

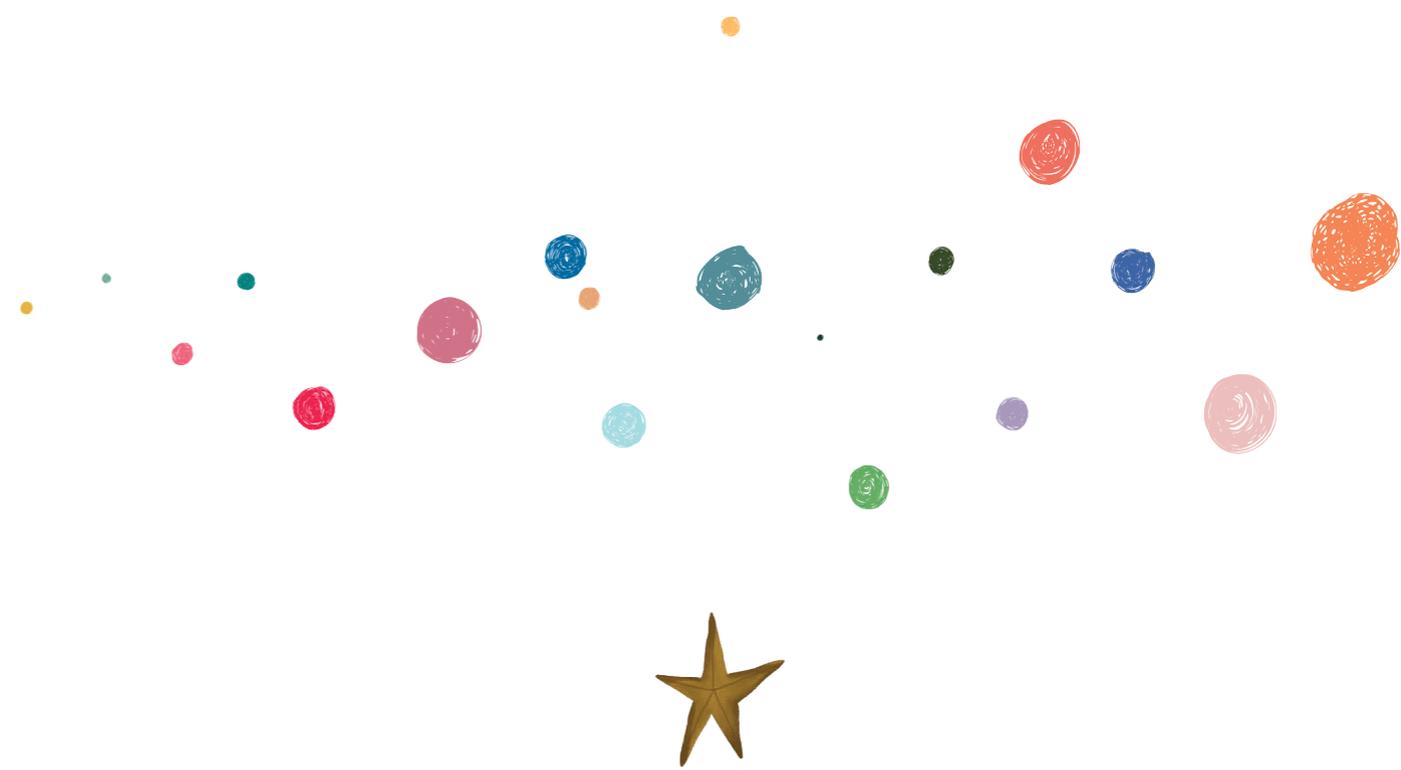
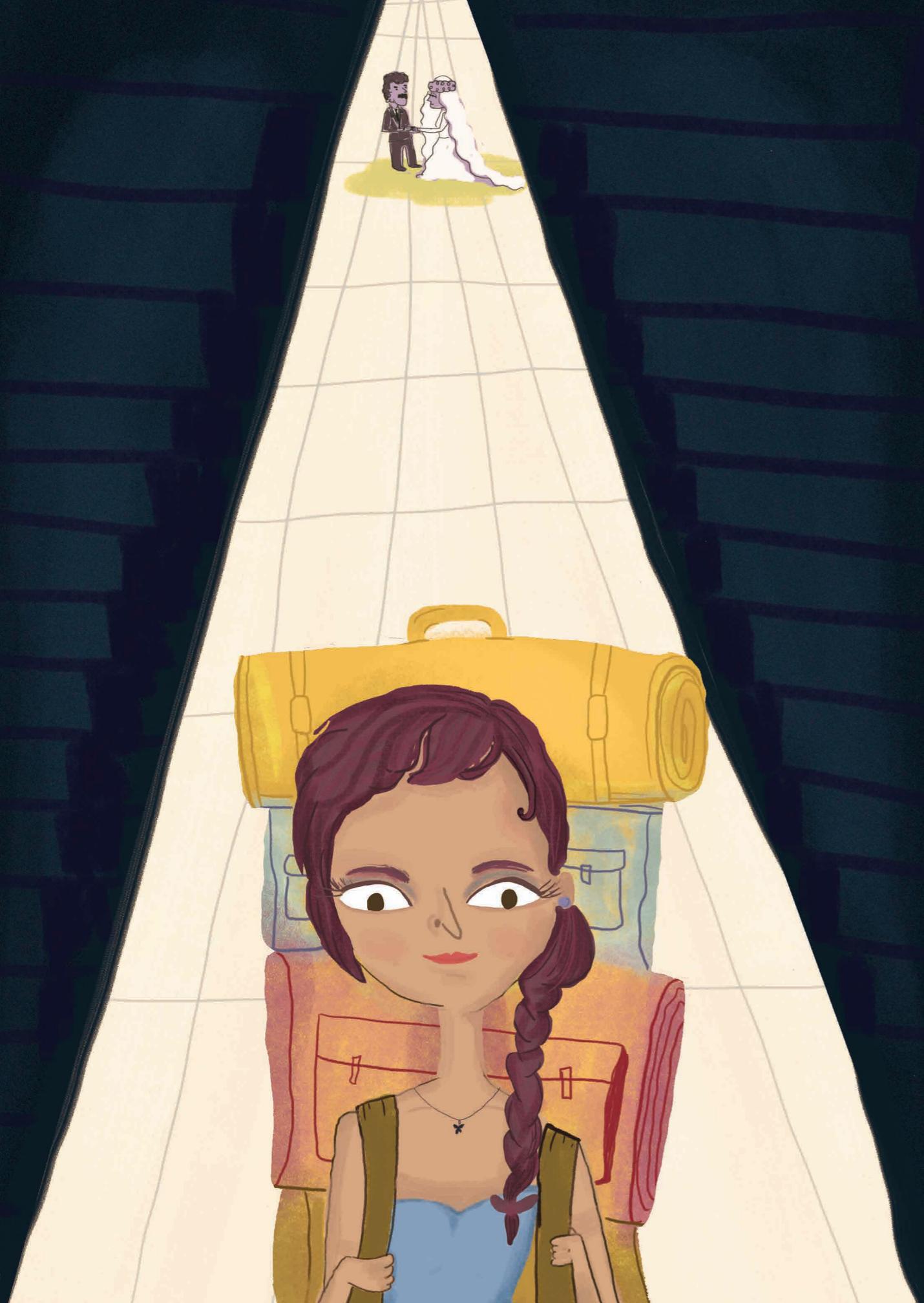
—¿Entonces sólo se dio por vencida? ¿No siguió su sueño? —inquirió **Toño**.

—Por miedo a dejar de ser amada y rechazada por sus padres, **Sofía** cumplió sus deseos como si fueran órdenes —externó **doña Amparo**—. Se volvió toda una “señorita”: no hablaba a menos que se lo indicaran, no expresaba sus opiniones, no levantaba la voz, no se enojaba... Dejó de imaginar historias fantásticas... Al principio le era difícil hacer que su mente se detuviera, pero con la práctica los engranes se endurecieron... Incluso dejó de reír... —Suenan a que se volvió como una máquina... —manifestó **Toño**.

—Justamente, eso le pasó... —afirmó la anciana—. Perdió su humanidad para volverse una máquina, una especie de robot que sólo efectuaba comandos... Perdió su libertad y se resguardó en un amo que le decía cómo actuar.

—¿Y qué le pasó después? —preguntó **Toño**.





—Un día su madre enfermó gravemente —expresó **doña Amparo**—. A pesar de que recibió los cuidados necesarios, a los pocos meses murió. Tras la muerte de su madre, **Sofía** se hizo cargo de la casa: tenía que preparar la comida, limpiar toda la casa, lavar y planchar la ropa de su padre y hermano. Terminaba agotada de tanto trabajo. Sus manos estaban inflamadas y adoloridas de tanto tallar y lavar.

El dolor de espalda no la dejaba dormir por las noches. Unos meses después de la muerte de su madre, su padre anunció su compromiso matrimonial con una joven. La boda tuvo lugar ese mismo año... **Sofía** estaba sentada en la iglesia con su vestido azul. Cuando escuchó los votos que su padre intercambiaba con su nueva esposa, sintió cómo algo se estrujó en su interior. “Prometo obedecerte y amarte en la salud y en la enfermedad por el resto de nuestros días” —dijo la nueva esposa de su padre—. En ese momento supo que no seguiría los pasos de su madre, quien había sido reemplazada en cuestión de días como un objeto. Ese día tomó sus cosas y salió de la casa de su padre para seguir su sueño.

—¿Se convirtió en escritora? —cuestionó **Toño**.

—Sí, se convirtió en escritora —contestó **doña Amparo**—. Una vez que rescató su imaginación y su vitalidad se dedicó en cuerpo y alma a la escritura. No fue fácil, tuvo que trabajar y estudiar mucho para lograrlo. Sus cuentos fueron rechazados muchas veces, pero no se dio por vencida. Después de muchos intentos, alguien se interesó en su escritura y le ayudó a publicar su primera novela sobre **Barbanegra**. En total creo que publicó más de treinta libros. A muchas personas les gustaron sus novelas fantásticas y se convirtió en una escritora reconocida. A los pocos años, conoció a un buen hombre que creía en su talento y que la veía como igual. Ella fue muy feliz.



La madre de Toño tocó a la puerta, él se despidió de doña Amparo. Esa tarde, cuando su madre estaba lavando los platos después de la comida y su padre veía el televisor, Toño se acercó a ella y le preguntó si necesitaba ayuda. El niño no se había percatado de lo fatigada que lucía su madre. A ella le sorprendió que su hijo se ofreciera a ayudarla, pero contenta aceptó su oferta. Su padre lo llamó diciendo: “vente, hijo, deja que tu madre haga su trabajo”.

Entonces el niño entendió el dolor que Sofía había sentido al escuchar los votos de su padre. Por eso, Toño decidió quedarse con su madre a pesar de las protestas de su padre. Cuando terminó de ayudarla, lo vio maldiciendo frente al televisor y pensó que Sofía y él no eran tan diferentes después de todo. Esto lo llevó a recordar que al principio el fútbol le parecía un juego sin sentido que su padre le obligaba a ver...



Con el tiempo se acostumbró a ver los partidos, pero sólo porque disfrutaba pasar tiempo con su padre. Toño también había notado que cada vez que maldecía, su padre le lanzaba una mirada de aprobación que lo hacía sentirse querido...



Esa noche, cuando Toño se fue a dormir, por primera vez soñó con dragones, elfos, hadas, sirenas, piratas y gigantes...



CLAUDIA CARRILLO GONZÁLEZ
Nació en Texcoco, Estado de México, en 1993. Estudió la Licenciatura en Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la Universidad Nacional Autónoma de México y una segunda Licenciatura en Psicología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Actualmente es traductora y escritora de cuentos. *Conociendo a Sofía* es su primer cuento publicado.

CRISTINA BUENROSTRO SÁNCHEZ

Alias *Crispimienta*, nació en Guadalajara, Jalisco, en 1988. Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Autónoma del Estado de México. Realiza trabajo creativo en estudios de diseño, también es ilustradora y dibujante independiente. Le gusta explorar los terrenos de la tira cómica, el humor gráfico y la creación de personajes. Ha participado en exposiciones locales, colaborado en proyectos literarios e impartido talleres sobre la autopublicación. Desde 2016 se ha enfocado en la creación de ilustraciones para su marca.





- △ Para leer en Navidad
- ✶ Para leer fuera de Navidad
- 🥛 Acompañar con un vaso de leche
- 🚗 Para leer en el auto de papá
- 🚗 Para leer en el auto de mamá
- ⦿ Para leer solo y esperando
- ◻ Para leer antes de dormir